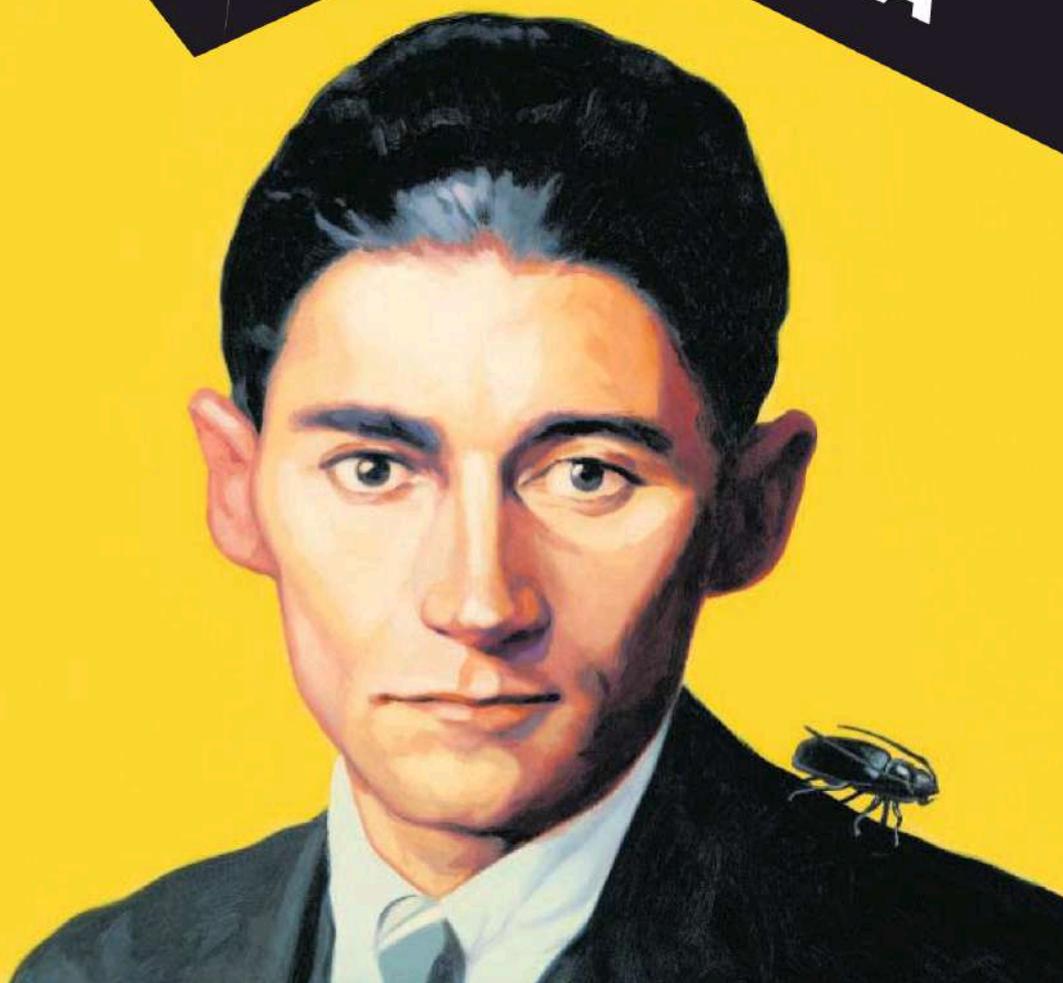


ABC CULTURAL

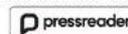
NÚMERO 1.621
SÁBADO, 8 DE JUNIO DE 2024
@ABC_CULTURAL

EN EL CENTENARIO
DE SU MUERTE.
Escriben Rodrigo Cortés,
Carlos Granés, Carolina
Ontivero, Javier Riyo,
entrevistamos a su
biógrafo, Reiner Stach, y
Jaime G. Mora reúne todas
las novedades editoriales

LA BROMA INFINITA DE KAFKA



OBRA DE DAVID DE LAS HERAS PARA LA MUESTRA "CALEIDOSCOPIO KAFKA"

 FINANZIATO E DISTRIBUITO DA PRESSREADER
PressReader.com +1 504 278 4004
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

Kafka

KAFKA & KAFKA

¿Cómo describir a Kafka?
¿A cuál? Kafka puede leerse
o sobreanalizarse, no hay
término medio. **Desenmarañar
su laberinto** sería devaluar
a quien lo llenó de bruma

Por **RODRIGO
CORTÉS**



Kafka, el hombre adjetivo, el escritor nocturno, el hijo diminuto de ojos grises, el joven atractivo (y aterrado), que nunca supo que lo fue, visitó un día a su amigo y futuro albacea Max Brod —lo cuenta Max, este escribidor no estaba—, mientras su padre —el de Brod— dormitaba en el sofá, acabada ya la cena. Kafka, que debía cruzar la estancia para ir al cuarto de su amigo, lo hizo casi de puntillas, con el mayor sigilo. Pero el padre se removió igualmente. Así que Kafka, alzando las manos, dijo: «Considéreme un sueño». Y se fue.

Kafka se desliza del suelo al cielo y del cielo al suelo, grises ambos, sin notar ni hacer notar la línea discontinua que en los mapas separa Bulgaria

de Serbia y España de Portugal. Para Kafka, los mundos no convergen, son simplemente; no distingue lo estelar de lo telúrico; atraviesa sus fronteras por detrás de la aduana, donde la luz ya no mancha, donde se acaba la valla y empiezan los matorrales. Donde los conejos de ojos brillantes alzan la cabeza para mirar al paseante sin cuerpo. Se vive como se es.

Kafka escribe en blanco y negro, como lo hacía Poe. No hay color en sus palabras, que miran a uno y otro lado antes de hablar y se cargan de grafito, pero no de azules. El gueto no es acuarela, es carboncillo y tinta de contable. Y lápiz de sastrero. Y se cierra con llave por fuera. 'La condena', 'El fogonero', 'Un médico rural', 'Informe para una academia' (ahí cabe el rojo). Kafka es un hombre aplastado por su autopercepción que sonríe al mundo para negarse la lucidez. Con qué claridad mira Kafka, tan cegadora e hiriente. Cuánto habría dado por regresar a la silenciosa nada, al útero de la tierra con minúscula, a cualquier galería calma escrita en primera persona, como la de 'La madriguera', esa habitación que quiso para sí donde nadie lo importunara, salvo para llevarle, tal vez, algo de comida. «Ayunar es lo más fácil del mundo», escribió una vez. Nunca encontró su cueva ni salió de ella, así era Kafka, que era a veces dos y a veces tres. Todo hogar es, para Kafka, pensión. Sus cuartos son guardas sitiadas, haya fuera o dentro parientes o cupletistas de cabaret; cuartos ruidosos llenos de ojos, cada títere con su pareja y cada oveja en su papel: hombres inflexibles, niñas serias, viejos torvos, damas jóvenes amenazantes, obstáculos mecánicos vacíos de conciencia, piezas de un ajedrez libidinoso, nuevo, sin reglas, o sin reglas desveladas, que igualmente se hacen valer.

De pocos autores se sabe tanto como de Kafka, en pocos obra y vida se funden tanto e importan tanto y tan poco a la vez. No es alemán ni es checo, Kafka es un Kafka equilibrista —el más occidental de los judíos, ni cristiano ni sionista, ni siquiera austriaco— que sufre las consecuencias de ser alemán, judío y checo a la vez. ¿Conviene estudiarlo, esclarecerlo? ¿Basta con leerlo? ¿Conviene conocer al padre, la for-

ma del bigote, las cejas, el mentón, o la obra del hijo expresa cuanto importa de su sombra y talla, o de cómo las vivió él? ¿No nos bastan sus criaturas? ¿No es el señor Samsa todos los tiranos asustados del mundo? ¿No son sus protagonistas hijos reducidos, insectos bajo la sombra infinita de un patriarca metafísico que seca el más caudaloso río con un gesto de decepción? Para atravesar a Kafka basta la inspiración



pressreader

PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 504 278 4004
COPYRIGHT AND PROTECTED BY AMERICAN LAW



poco en su pluma disolvente, que a veces clava en la madera para no perder del todo el sentido de lo racional. La burla es su arma contra la angustia.

Si me encuentro a una muchacha bonita y le digo: «Sé buena, ven conmigo», y pasa de largo sin decir palabra, su actitud significa: «Tú no eres un duque con apellido rimbombante, ningún americano atlético con la estatura de un indio, con ojos horizontales y contemplativos, con la piel acariaciada por el aire de las praderas y de los ríos que fluyen por ellas. No has viajado a los Grandes Lagos, ni los has surcado, aunque no sé ni dónde se encuentran. Así que dime por qué yo, una muchacha bonita, tendría que ir contigo».

Olvídate que no te llevan en coche por la calle, balanceándote con sus sacudidas; no veo ir detrás de ti a los señores de tu séquito, embutidos en sus trajes y murmurándote piropos. Tus pechos quedan bien comprimidos por el corsé, pero tus muslos y caderas se resacren por esa sobriedad. Llevas un vestido de tafetán con pliegues, como el que nos alegró tanto a todos el pasado otoño y, sin embargo, con ese peligro mortal en el cuerpo, sólo te ríes de vez en cuando.

Si, los dos tenemos razón y, para no ser conscientes de ello

CARTA. A la izquierda, ilustración de Ana Juan para 'El proceso' (Nórdica). Debajo, carta a Felice Bauer, y misiva a Brod, en la que K. pide que se quemem sus textos

de un modo irrefutable, preferimos irnos solos a casa, ¿verdad?

Con qué fiera delicadeza nos hace dibujar la sonrisa que la vida le niega. Se escribe como se es.

Kafka inventa de noche, su voz nace de la sombra. «Escribo con sangre», dijo. De día —no descubro nada— renuncia a su condición de jurista excelente, innecesariamente dotado, para rasguñar informes en el Instituto de Seguros de Accidentes Laborales del Reino de Bohemia (sintagma más kafkiano que «la casa de los muertos») y asegurarse así poder escribir al retirarse el

VIVE ATORMENTADO POR SUS DESEOS, SE REFUGIA EN LAS CARTAS PARA INVENTARSE EL AMOR

sol, con la vida ya callada, y cumplir su condena sanadora, engrillado a la pluma por el mismo fantasma que le da y quita la vida mientras convierte en mar su ortografía rota y esas desviaciones sintácticas fruto de la desatención primera, urgida de corrección, y del deseo de oralidad, y de su alemán anticuado, aseado de checo, y por su propio instinto vertido en prosa inhumana, a ratos sentenciosa, a menudo informal. Con qué ferocidad escribe, qué logro de la voluntad, con qué tenacidad implacable, transfor-

mado en literatura él mismo. Si la prosa lo salva, es también la lamia que dreña sus energías: moverse es mover un pueblo, morir, liberarse del dolor, el final amparo del «no ser». También para sus hijos morir —de forma vulgar— es un alivio. Morirse es volverse insignificante. Como lo es vivir.

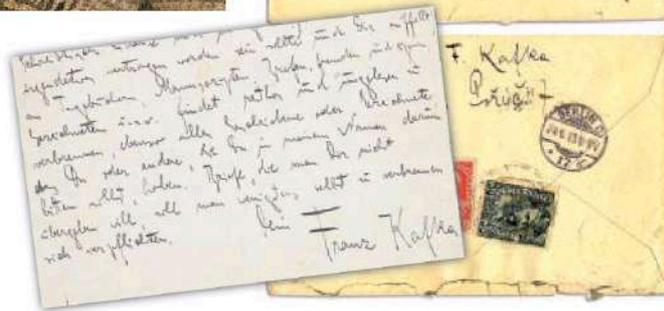
¿Qué haremos en los días de primavera que ya llegan? Hoy por la mañana estaba el cielo gris, pero si alguien va ahora a la ventana se quedará sorprendido y apoyará la mejilla en el picaporte. Abajo puede verse cómo la luz del sol, que ya comienza a ocultarse, se refleja en el rostro infantil de una muchacha, que anda y mira alrededor, y al mismo tiempo se ve la sombra de un hombre que camina rápidamente detrás de ella.

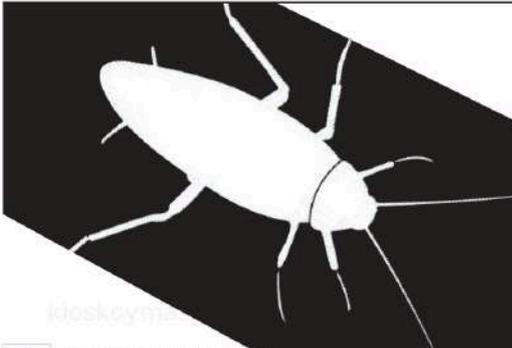
El hombre la ha pasado y el rostro de ella reluce de claridad.

No leemos lo que escribió, no siempre. Max Brod cosió a veces retales tras la muerte de su amigo y creó con ellos una colcha que no existió. O los tituló de nuevo. O simplemente los tituló. O los interpretó desde su fe y gafas para que los interpretaran otros. Kafka no escribe novelas largas, tal vez una (tal vez dos, si dejar algo a medias cuenta; un poco de Kafka es mucho), elige para sus desvelos los relatos en una obra inaprehensible en forma de tribunal, cuentos cargados de desesperación indiferente, de filosofía abstracta (¿hay otra?), de ironía y autodesprecio. No hay nihilismo en Kafka, hay otra cosa: la nada es demasiado para él. Ni siquiera es un escéptico: «Un libro ha de ser el hacha que rompa el mar helado que hay dentro de nosotros».

Kafka vive atormentado por sus deseos, que siente repugnantes, se refugia en las cartas para inventarse el amor que no quiso poner a prueba en su realidad convulsa. Kafka es un mujeriego sin mujeres. Inaccesible, epistolar. Kafka —como K., que también fue más de uno— no es víctima, sólo inocente. Si sus personajes no son héroes, tampoco él, si mueren de forma banal, así será su marcha: la muerte es banal siempre. Kafka, sin querer ser nada más que palabras, expresa un tiempo y es su involuntario espíritu, su mejor criatura. Se cartea —para no tener que verlas— con Felice Bauer, Grete Bloch, Milena Jesenská (las cartas más amorosas son para ella). En su otoño enfermizo se prenda de Dora Diamant, de

lectora, la voluntad de sentir lo inefable, tocar lo que no es materia, pegar el oído a cuanto no suena y mirar de cerca y lejos (sentir, por tanto) lo que no se ve. Kafka conoce los mil brazos hipertrofiados del poder, ama lo verdadero y justo, se resigna con neutralidad ante su imposible satisfacción. Kafka es realista, de forma innegociable, el más judío de los cómicos, con su martillo suave de desenmascarar. Lo falso dura





DEL TEXTO A LA IMAGEN

La influencia de Kafka es decisiva también en lo visual. Los artistas gráficos destacan por haberse acercado a sus historias

diecinueve años de edad, con un afecto que no es físico, pero sí presencial. «Todas las desdichas de mi vida han sido por culpa de las cartas». Ni en sus relaciones ni en su obra hay apenas consumación, más bien inacabables prolegómenos, una atmósfera lúbrica y densa, excitante, culpable, que convierte lo desagradable en requisito para el deseo que lo atormenta. 'El castillo' es invisible logro erótico: la puerta de Klammm, dueño del lugar, su ruido sordo al cerrarse, dos cuerpos yacentes —el agrimensur y Frieda— sobre un charco de cerveza, rodeados de basura, un único latido, una sola respiración... Le escribe Kafka a Brod: «Tengo tanta necesidad de encontrar a alguien que me toque amistosamente y nada más, que ayer me fui a un hotel con una prostituta. Aunque es demasiado vieja para dejarse llevar por la melancolía, le duele, por más que no le sorprenda, que los hombres no traten a las prostitutas con tanta delicadeza como a sus novias. No la consolé, ya que ella tampoco me consoló a mí». En Kafka, lo ultraterreno deriva en lo terreno sin costuras. Dios puede encontrarse en lo irrelevante. Y puede no encontrarse. Ni buscarse.

Hay un Kafka hipocondríaco, un Kafka ulceroso e insomne, asmático, adolorido, un Kafka hipersensible al ruido, que lo agota. Un Kafka que se planta frente a la ventana y flexiona las rodillas y agita los brazos y los pone en cruz y se echa al suelo cada mañana y extiende una pierna y la otra y se apoya en una silla cada día y cada día vuelve a empezar. Un Kafka que renuncia a la carne y masticla y masticla y masticla cuanto acepta comer. Un Kafka capitán de su debilidad. Cuando la tuberculosis lo mata, aliada con una pulmonía que se abre en él como una orquídea, el dolor le tre-

pa por la garganta y lo convierte en el artista del hombre cuyo relato intenta, mientras tanto, corregir. La enfermedad le niega el aliento y le impide la palabra, lo echa a escobazos de la vida como a un Gregorio cualquiera, grabada en la piel con un rastro de su condena irrevocable. Tropo infeliz el de la cerilla que Max Brod no quiso prender: la desobediencia salvadora. (La Gestapo cumple, en parte, los deseos de Kafka años después, cuando le arrebató a Dora Diamont los manuscritos que custodia y que tampoco ella fue capaz de destruir).

¿Cómo describir a Kafka? ¿A cuál? Kafka puede leerse o sobreanalizarse, no hay término medio. Brod lo arroja en la maleta sionista y se sienta encima para intentar cerrarla (embutirlo en la freudiana habría sido psicoanalizar al diván). ¿Hay baúles cabalísticos, temáticos, filosóficos, expresionistas? Kafka no sueña solo, ni solamente, su mente es más que demiúrgico impulso; se deja habitar por Lang, por Wiene, por Murnau; también sueñan los otros. Desenmarañar su laberinto sería devaluar a quien lo llenó de bruma, a quien no puede ser aclarado y prefiere la extenuación que queda al cruzar a nado el lago como única fuente de luz.

Pues somos como troncos de árbol en la nieve. Aparentemente yacen en un suelo resbaladizo, así que podrían desplazarse con un pequeño empujón. Pero no, no se puede, pues se hallan fuertemente

afianzados en el suelo. Aunque, fíjate, incluso eso es aparente.

De no haberse ido tan joven, lo habría matado la historia, que pronto calzaría botas altas y habría cortado en seco el equilibrio de Franz. No hace falta: la muerte lo salva de morir luego. La fama, tan judía y chistosa como la muerte, acude puntual a su tumba en cuanto nadie la necesita (Kafka no la persiguió). Final silente y exacto para un poeta en prosa que cada día necesitó escribir al menos una frase en su contra. «Considérenme un sueño», dijo. Se muere como se es. ■

CAROLINA ONTIVERO

Miquel Barceló leyó 'La metamorfosis' por primera vez con trece o catorce años, en una noche, del tirón. Le pareció perturbador y divertido. Lo recuerda en el libro que contiene su serie de acuarelas inspiradas en aquel relato, publicado por Galaxia Gutenberg como 'La transformación'. Sobre aquella lectura iniciática también cuenta que, al regresar del colegio el día siguiente, se encontró a su madre leyendo el libro, entre lágrimas. Lloraba al pen-

sar que su hijo había leído aquello.

Cada lector traduce a Kafka a su manera. Su prosa, tan bella como diáfana, persigue únicamente la verdad, que muestra con una crudeza sólo suavizada por el tono burlesco de quien considera la existencia una enrevesada broma judía. Pero, ¿qué verdad revela a cada uno? Cien años después de su muerte y tras infinidad de biografías y ensayos,



LA FAMA, TAN JUDÍA Y CHISTOSA, ACUDE PUNTUAL A SU TUMBA EN CUANTO NADIE LA NECESITA

todo lo relacionado con él sigue siendo un enigma.

Por su singularidad inconcebible, no ha habido un autor moderno más admirado ni más interpretado y sobreinterpretado, empezando por la persona a quien debemos que su obra sobreviva. Su amigo Max Brod la salvó de las llamas para entregarla al mundo. También para inaugurar la disciplina olímpica de la kafkología. Su visión de un Kafka mesiánico y casto no fue perdonada por los posteriores exégetas. Se burlaron de su estrechez de miras Canetti en 'Sobre Kafka' (Galaxia Gutenberg) y Kundera en 'Los testamentos traicionados' (Tusquets), como se reía Brod de las teorías inverosímiles que escuchaba tras cada conferencia que daba para difundir su obra.

El color de sus ojos

Adorno, Arendt, Camus, Nabokov... ¿quién lo comprendió mejor? ¿Anticiparon sus relatos el totalitarismo o las tesis existencialistas? ¿Fue el autor oscuro que muchos ven en sus retorcimientos o el propio adjetivo «kafkiano» obedece a un malentendido? Los numerosos acercamientos al autor, incluida la monumental biografía de Reiner Stach, considerada definitiva, arrojan respuestas diferentes. Pero cómo ponerse de acuerdo en cuestiones complejas si ni siquiera los testimonios coinciden en el color de sus ojos, que unos vieron oscuros y otros azules o de un gris resplandeciente. La clave estará

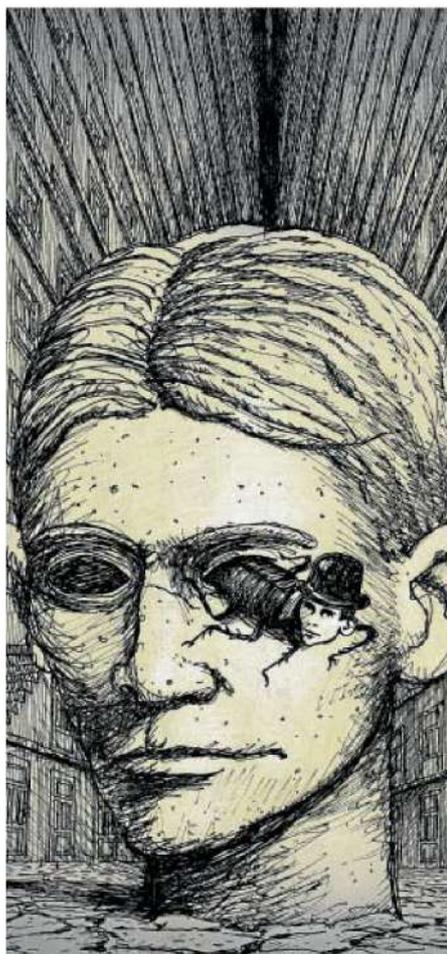


TRAMPANTOJOS; DE MAX

siempre en sus textos: «Yo soy la novela, yo soy mis historias».

La influencia de Kafka es decisiva también en lo visual. Los artistas gráficos destacan por haberse acercado a su universo a partir de los textos y no de la hermenéutica, centrándose en unas historias que Paco Roca define como «mágicas para los ilustradores». En la mayoría de los casos, accedieron a ellas abriendo la puerta de la habitación de Gregor Samsa. Reflejado como cucaracha o insecto -Kafka pidió que no se mostrase su criatura-, el relato del hombre que se despertó convertido en bicho ha interesado a creadores de las más diversas disciplinas visuales. Han interpretado 'La metamorfosis' autores como Robert Crumb, Miquel Barceló, Paco Roca, Max, Ana Juan, Fernando Vicente, Luis Scafati, Renáta Fuřková, Peter Kuper, Nicolas Mahler o Tom Gauld.

Kafka va sin embargo mucho más allá de aquella mañana después de un sueño intranquilo. Crumb considera que el mejor trabajo de su vida es el que realizó para la biografía de Mairowitz. Tan divertido como seriamente documentado, 'Kafka' (La Cúpula) es un excelente acercamiento para el lector no iniciado. También el libro de Salamandra que inclu-



PACO ROCA. 'LA METAMORFOSIS Y OTROS CUENTOS' (ASTIBERRI)



ROBERT CRUMB. 'KAFKA' (LA CÚPULA)

CADA LECTOR TRADUCE A KAFKA A SU MANERA. SU PROSA, TAN BELLA COMO DIÁFANA, PERSEGUE LA VERDAD

EL IMPACTO DEL IMAGINARIO KAFKIANO EN EL LENGUAJE VISUAL SERÁ EL FOCO DE UNA EXPOSICIÓN

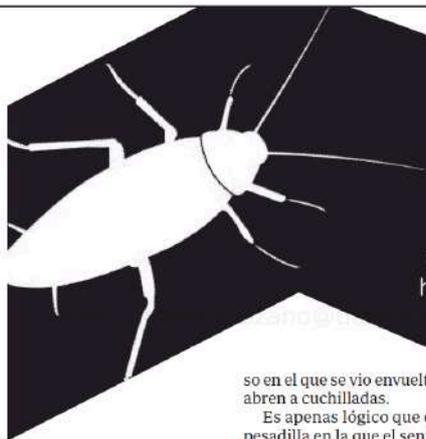
ye los dibujos de Nicolas Mahler realizados con un trazo simple y rotundo que recuerda al estilo del propio Kafka, que también utilizaba la pluma para dibujar.

El misterio de Kafka viaja del texto a la imagen en estas versiones: una esencia exuberante, imaginativa, poética, humorística e igual de libre a la hora de materializarse. Mientras que en Antonio Santos, Renata Fuřková y Peter Kuper encontramos la densa oscuridad que puede esperarse de la recreación del imaginario de Kafka, otros autores como Fernando Falcone, Federico Delicado o Manuel Marzol ofrecen interpretaciones coloristas, alucinadas, caleidoscópicas.

'Caleidoscopio Kafka'

El impacto del imaginario kafkiano en el lenguaje visual será el foco de la exposición sobre Kafka que estamos preparando para la XV edición de Jal Festival, dedicada al autor y centrada en su faceta más luminosa. 'Caleidoscopio Kafka' podrá verse en Bilbao el próximo octubre y será una manera diferente de adentrarse en un territorio fascinante, lleno de arquitecturas inaccesibles, mujeres seductoras y animales que cambian de forma. El recorrido expositivo mostrará la vida y la obra de Kafka, ambas indisociables, a través de la mirada de veinticinco autores nacionales e internacionales; entre ellos, los ya mencionados. La muestra incluirá audiovisuales, reproducciones y obra original de primeras firmas que incluye, además de numeroso material creado para portadas y libros ilustrados, publicaciones en otros soportes y trabajos realizados para la ocasión por autores como Javier Olivares, Sara Morante, David de las Heras o Tomas Hijo.

El humor será la pieza fundamental de una exposición que incluye tiras cómicas como las de Tom Gauld y los 'Trampantojos' de Max. La risa activará en fin el mecanismo caleidoscópico con el que observaremos los reflejos de un Kafka metamorfoseado en cada giro. Quizá nos acerquemos así a la verdad del autor. Barceló la describe como la «conciencia de algo que había olvidado hace tiempo y que sin embargo sabía».



ENTRE DOS SIGLOS

Si en el mundo de Kafka (siglo XX) había silencio, una **falta absoluta de respuestas**, en el mundo virtual (s. XXI) prevalece el ruido

CARLOS GRANÉS

Si el mundo de Kafka parece oscuro y opresivo, no es sólo porque sus novelas transcurran en habitaciones saturadas o en despachos impersonales. La luz que se les niega a sus personajes no es la del sol, es otra, la luz del sentido. En el mundo de Kafka el hombre ha sido vedado de explicaciones, y sin ellas, sin la posibilidad de ordenar el mundo y establecer coordenadas lógicas, acaba perdiendo aquello que lo hace humano. El mundo es arbitrario sólo para los animales. Hombres y mujeres logramos controlarlo y hacerlo nuestro inventando dioses, regularidades, leyes, símbolos. Si Vico tenía razón cuando dijo que el ser humano sólo podía comprender lo que había inventado -las instituciones, la historia-, entendemos entonces por qué la aficción kaffkiana por excelencia es la deshumanización: en su mundo nadie entiende la obra humana. Allí no hay verdad ni sentido, sólo la arbitrariedad de los hechos. «Como un perro», grita K. agonizante, mientras los verdugos del incomprensible proce-

so en el que se vio envuelto lo abren a cuchilladas.

Es apenas lógico que esta pesadilla en la que el sentido y la verdad se repliegan, se hubiera convertido en una metáfora de los totalitarismos del siglo XX. El mundo se hace kaffkiano cuando el poder reemplaza a la verdad y el individuo vuelve a estar expuesto a reglas que desconoce. No importan sus actos, si ha obrado bien o mal, porque no hay nadie ante el cual justificarse. Su verdad no cuenta. Peor aún, la verdad ha dejado de importar. Despertamos de aquel mal sueño con la caída del muro de Berlín, pero muy pronto vimos que la historia seguía su sorpresivo y no siempre amable curso. El siglo XXI, además nuevos conflictos, trajo su propia máquina de incompreensión y distorsión: las redes sociales, a las que ahora se suma la impredecible sombra de la Inteligencia Artificial.

En nuestra corta andadura por este siglo, ya advertimos algunas diferencias con el XX. El problema se ha agrandado, podríamos decir, porque ahora no es sólo la verdad la que se desvanece, sino la misma idea de realidad. Los síntomas de este fenómeno empiezan a manifestarse. Cuentan Lukianoff y Haidt en 'La transformación de la mente moderna,'

que la depresión ha aumentado entre los jóvenes expuestos a las redes sociales, en gran medida por la ansiedad que genera ver cómo se divierten

otros mientras uno es excluido. La tentación de poner a competir la vida real que transcurre en la calle, con la vida irreal que transcurre en las redes, creada con parámetros de belleza y felicidad artificiales, conduce a la derrota inevitable. Esta es nuestra forma contemporánea de autodegradación.



ANTONIO SANTOS

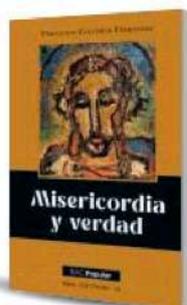
Las redes sociales, a diferencia de la maraña burocrática, no niegan el sentido. Todo lo contrario, internet es una máquina de producción de significado. En sus meandros, no hay un solo delirio que se quede sin respuesta ni confirmación. Si en el mundo de Kafka había silencio, una falta absoluta de respuestas, en el mundo virtual prevalece el ruido. Hay réplicas a la medida del consumidor, destinadas a confirmar sus prejuicios, distorsiones, fobias y vacíos. K. podría preguntar «¿qué ocurre, por qué me pasa esto a mí?», y no sería condenado a la inopia. Encontraría explicaciones para todo. Alguna voz le mostraría los hilos de alguna conspiración, le señalaría al enemigo y lo animaría a movilizarse contra el mal. K. ya no vacilaría ni sentiría desconcierto. Creería estar pisando la realidad, mientras flota en una burbuja de falsedades. En una de ellas, Trump es una víctima inocente que lucha contra un sistema kaffkiano, viciado de arbitrariedad y fascismo. K. podría acabar uniéndosele para llegar finalmente al Castillo, metamorfoseado en bisonte y escoltado por una horda de hombres alienados y fanatizados, dispuestos a desenmascarar el secreto mecanismo del estado profundo. La irrealdad le parecería tan coherente y persuasiva como lo real, y por ese camino, de alguna forma, también se deshumanizaría. Acabaría, como todos, convertido en un ser tribal, sin referentes comunes ni consensos sobre los hechos que separan la realidad del delirio, corroído por el pavor primitivo que despierta quien trae ideas distintas, quien ve cosas que nosotros no vemos, forjadas en realidades edificadas un poco más allá. ■

Misericordia y verdad

Sermones, pláticas, meditaciones

FERNANDO COLOMER

384 páginas
BAC Popular 271



¿Por qué ser católico?

Testigos de la verdad

JOHN BEAUMONT

124 páginas
BAC Popular 272



Biblioteca de Autores Cristianos
www.bac-editorial.es

► Envío gratuito en España ► 5% de descuento en la web
► Tel.: 911 717 431 - pedidos@edicionescee.es



PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 504 278 4004
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

ALFRED, EL TÍO DE MADRID

Mujeriego y solterón, afable y educado, triunfó en España, hizo de Madrid su ciudad y nunca perdió el contacto con su sobrino Franz



JAVIER RIOYO

«**O** mi tío nos busca un empleo en España o tendremos que marcharnos a Sudamérica o a las Azores, a Madeira», eso escribe a su amigo Max Brod el joven Franz Kafka. Tiene 25 años, acaba de terminar sus prácticas en un bufete de abogados en Praga y se encuentra en el paro. Le gusta escribir y soñar con otra vida fuera de Praga, fuera de la familia, lejos del padre, y se imagina exóticos, «ver a través de la ventana de la oficina campos de caña de azúcar o cementerios mahometanos». Ni cañas de azúcar se veían desde su despacho de la Estación de Delicias, ni cementerios mahometanos desde los balcones de la calle Mayor. Su tío Alfred Loewy, «el tío de Madrid», hermano mayor de su madre, vivía en Madrid desde el año de 1895 para ocupar un alto cargo en los Ferrocarriles de Madrid a Cáceres y Portugal y del Oeste de España. Aquí se quedó hasta su muerte en 1922, aquí siguen sus restos en un tranquilo y retirado olvido.

El tío Alfred, mujeriego y solterón, afable y educado, de elegante apariencia y quizá con doble vida, triunfó profesionalmente en España, hizo de Madrid su ciudad y nunca perdió el contacto con su familia, ni con su sobrino Franz, al que ayudó y aconsejó con afabilidad pero guardando las distancias. Una manera de preservar su independencia, de impedir que su vida madrileña se viera mediatizada con la presencia de aquel joven soñador de fu-

gas y condenado a vivir en la ciudad de la que tantas veces pretendió salir. «Praga no me deja escapar», escribió en carta juvenil a un amigo, y ciertamente la idea de dejar Praga lo acompañó toda la vida. ¿Cuál habría sido la vida y como habría sido la obra del escritor en el Madrid del principio del siglo XX?

Quizá de un Kafka bohemio, golfemio y divertido al lado de aquella generación de Carrere, Dicenta o Sawa. O más cerca de sus coetáneos Ortega y Gasset, Juan Ramón y María Zambrano, o habitual de las tertulias con Ramón Gómez de la Serna. Con los mayores del 98 o sus contemporáneos entre la 'Revista de Occidente' y 'Germinal', entre Pombó y el Ateneo. Lo que tengo claro es que no habría-

mos hablado de lo kafkiano, que su obra y su vida habrían sido muy diferentes.

En los pasados días de las fiestas de San Isidro volví al tranquilo y escondido cementerio de la Sacramental de Santa María donde, desde su muerte por esclerosis de riñón un 28 de febrero, descansan los restos de Alfred Lowy Porgés o, en su nombre españolizado, Alfredo Loewy y Porgés. Antes de llegar a su tumba me paré en la del vecino de reposo, Jardiel Poncela. Loewy parecía muy serio y nunca se le habría ocurrido poner en su tumba: «Si buscáis los máximos elogios, moríos».

El judío tío Alfred murió «como Dios manda» y en la mejor tradición de la burguesía conservadora española: habiendo recibido los auxilios espirituales y con esquela en ABC. Allí se destacan sus cargos de Director de Ferrocarriles y Administrador Delegado de la Mutualidad Española. Clásica esquela donde se avisa del entierro del día 1 de marzo y de la

conducción del cadáver desde su residencia en la calle Mayor número 28, del duelo en el propio cementerio, se ruega coche y se avisa de que no se repartirán esquelas. Sabemos que Alfredo Loewy había abandonado su religión judía y se le consideraba un «caballero cristiano» en su entorno profesional y social. El féretro fue llevado a hombros hasta el cementerio por empleados de la Compañía.

Quién fue Alfred Lowy

Había nacido en una familia judía de una pequeña ciudad Bohemia llamada Podiebrad. La mayoría de los tíos maternos de Kafka emigraron, fueron aventureros, tuvieron éxito en los negocios, hicieron dinero y dos se quedaron solteros. Varios apostataron de su religión y se hicieron cristianos. En algunos casos, como en el de Alfred y Joseph, que conocieron el auge del antisemitismo en

Francia y otros lugares, en esa apostasía hay que buscar razones de pragmatismo, de supervivencia y posibilidad de ascenso. De la familia Lowy escribió el amigo y biógrafo de Kafka, Max Brod: «Encontramos eruditos, soñadores y personas proclives a la excentricidad y otras llevadas por esa propensión a la aventura, a lo exótico o a la extravagancia y el aislamiento».

Alfred y Joseph, los tíos ricos, hicieron su fortuna gracias al amparo de la poderosa familia Bunau-Varilla, afamados banqueros y financieros parisinos, dueños del periódico 'Le Matin' y de grandes explotaciones de ingeniería, ferrocarriles y minería. Alfred Loewy comenzó a trabajar en su banca de París en la que pronto se incorporó su hermano Joseph, que fue enviado a la construcción del Canal de Panamá donde los Bunau-Varilla tienen un papel esencial. Después del llamado 'affaire Panamá' y del posterior 'affaire Dreyfus' comienza, en

RESTOS. En la madrileña Sacramental de Santa María descansa Alfredo Loewy y Porgés. En la lápida, una foto con su sobrino, F. Kafka



TANIA SIEIRA

pressreader

FINISHED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 504 278 4004
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



Retrato de época de Alfredo Lowey

Francia y otros lugares de occidente y de las colonias, un aumento del antisemitismo que complicaba la vida a los hermanos Loewy. Los Varilla deciden ayudarles enviándolos al extranjero. Joseph es enviado al Congo después de haber pasado por Panamá y le sirve a Franz de modelo de un capítulo de 'El proceso', según opinión recogida en el imprescindible libro de Anthony Northey 'El clan de los Kafka', de donde proceden algunas de las informaciones que recogemos.

Alfred viene a Madrid para dirigir la concesión que tenía la empresa francesa para la construcción de los ferrocarriles del Oeste. Llega como alto directivo de la línea Madrid-Cáceres-Lisboa y director del Ferrocarril Salamanca-Medina del Campo, de las que terminaría como indiscutible director. Efectivamente, Bunau-Varilla intermedió para que Alfred siguiera en su puesto de director aunque la empresa pasara a otras manos.

La primera carta en la que hace referencia a su petición a Alfred para salir de Praga la envía en agosto de 1902 a su amigo Oscar Pollak: «Mi tío de Madrid (director de una compañía ferroviaria) ha estado aquí (...) si podía llevarme a algún sitio donde pudiera, por fin, ponerme manos a la obra... Empecé con cautela... Se puso a hablar con unción, a pesar de ser, por todo lo demás, una persona muy agradable; me consoló, bien, bien... Y no hubo nada.

Poco podía hacer el tío en esos momentos en que su propio cargo estaba en el aire. Así lo queremos pensar. Unos años después sí lo pudo ayudar, en 1907, estando ya asentado y además siendo administrador delegado de Mutualidad Española, le pidió recomendación a su amigo Weissberger, que era agente en Madrid de Assicurazioni Generali, este habló con su padre, que era cónsul honorario norteamericano en Praga y consiguió Kafka su primer empleo en la filial de Praga. Favores entre judíos.

Varias son las cartas que desde Madrid, y con el membrete de la Compañía, manda el tío Alfred al sobrino Franz. Correspondencia cercana, familiar, con algunas bromas y pequeños reproches. Una car-

ta muy interesante del tío es de las cercanías navideñas de 1913, fechada el 20 de diciembre: «Hoy acabo de recibir tu amable carta del día 14, porque tú, confiando en mi celebridad, no pusiste más dirección que 'Madrid'. Además desde que vivo en el extranjero, o sea, desde hace cuarenta años, escribo mi apellido como Loewy y los carteros no se acordaban».

Descontento

«Te agradezco de todo corazón tu enhorabuena por mi cumpleaños, que celebré con la máxima calma, sin música, ni fuegos artificiales. ¡Sesenta y uno ya!... Sin embargo, los años caen

vidad y un Próspero Año Nuevo, y sigo siendo, con cordiales saludos, tu fiel tío, Alfred».

Humor, cercanía, celebración cristiana/pagana y quizá disimulo de la verdadera vida del solterón en Madrid. El escritor Juan Eduardo Zúñiga dedica un relato corto al tío de Kafka, 'No llegará el sobrino de Praga'. Algunos piensan que no tuvo un amor, sino varias amigas, bien paseadas, bien pagadas, disfrutando cenas en la discreta casa cerca de Sol.

El historiador judío Jacobo Israel Garzón, en una semblanza de Loewy, lo describe de manera clara como un vividor: «Era -al parecer- un mujeriego empedernido y visitante habitual de lupanares y lugares de golfería». Nunca lo sabremos documentado es su pertenencia a la alta clase empresarial y social de Madrid. Sus relaciones con el Marqués de Comillas, los Urquijo, Gamazo o con José Gil de Biedma, abuelo de Esperanza y tío de Jaime Gil de Biedma. Hoy nadie recuerda a este judío converso, a este hombre de los ferrocarriles y la vida madrileña de principios del siglo XX. Apenas una tumba en el cementerio. Y una pequeña calle con su nombre en el poblado ferroviario de Malpartida, en Cáceres.

En mi opinión de devoto kafkiano, debemos agradecer al «tío de Madrid», que Kafka nunca llegara a esta ciudad tan lejos de Praga, tan tentadora en sus noches, sus verbenas y sus cafés. Nunca habría podido ser Kafka. ■

Kafka después del fuego

Las editoriales recuperan la obra kafkiana, con cartas inéditas incluidas, libre de los arreglos que introdujo Max Brod

JAIME G. MORA

Es sabido que una de las últimas voluntades de Franz Kafka fue que quemaran todos sus manuscritos: cartas, dibujos, textos sin terminar... Por suerte, Max Brod estaba allí para no hacer caso a las indicaciones de su buen amigo y, cien años después, todavía seguimos descubriendo inéditos. Entre todas las novedades publicadas por el centenario, quizá la más destacada sea 'Cartas, 1914-1920' (Galaxia Gutenberg). El segundo volumen de los tres que pretenden reunir toda la correspondencia -enviada y recibida- de Kafka incluye además textos que se pueden leer por primera vez en español, con la traducción de Carlos Fortea. Aquí están las últimas cartas que Kafka se envió con Felice y el inicio de la correspondencia con Milena. A falta de más inéditos, dos editoriales se han lanzado a recuperar los 'Cuentos completos' de Kafka, libres de las injerencias que en su día introdujo Max Brod. La traducción que publica Páginas de Espuma la ha hecho Alberto Gordo. Valdemar, por su parte, le ha confiado su edición de los 'Cuentos completos' a José Rafael Hernández Arias, que también ha trabajado directamente sobre los originales de Kafka, libres de los arreglos de Brod.

Las novelas completas ha reeditado Alianza, en un estuche con dos volúmenes que ofrecen por orden cronológico de escritura (que no de publicación) 'El desaparecido (América)', 'El proceso' y 'El castillo'. Alianza publica otro estuche con dos volúmenes de 'Relatos y aforismos', que in-

cluye los cuentos que Kafka publicó en vida y los póstumos que recuperó Brod, así como los textos fragmentarios reunidos de sus cuadernos en octavo y otros escritos. Acantilado, que hace unos años publicó la monumental biografía de Reiner Stach, contribuye al centenario Kafka con 'Tú eres la tarea', los aforismos que el escritor elaboró durante su estancia de ocho meses en Zúrau.

Nórdica también se ha apuntado a la fiesta con la publicación de 'El proceso', con una nueva traducción de Isabel Hernández y cubierta de la ilustradora Ana Juan. Y, para su colección de ilustrados, esta editorial publica el relato 'Un artista del hambre', con dibujos de Federico Delicado Gallego. 'Cuentos de animales' (Arpa) recoge diez relatos cuyos protagonistas provienen del mundo animal, y 'Sueños' (Errata Nature), unifica todos los sueños dispersos en la obra kafkiana.

Completan las novedades del centenario otros libros que tienen a Kafka como excusa. Es el caso de 'Kafka al completo' (Salamandra Graphic), una biografía ilustrada de Nicolás Mahler; 'Por el camino de Kafka' (Fórcola), donde Miguel Ángel Ortiz Albero indaga sobre la figura de Kafka y sus otros K, y 'Kafka no quiere morir' (Seix Barral), una novela de Laurent Seksik que se acerca a la vida del autor a través de la mirada de tres figuras poco conocidas. 'Soy Milena de Praga' (Galaxia Gutenberg) es la reconstrucción novelada que Monika Zgustova ha hecho de la vida de Milena Jesenská, quizá el gran amor de Kafka, y que fue mucho más que eso: periodista, traductora, escritora... Formó parte de la élite intelectual de Viena. La correspondencia entre Kafka y ella es un género kafkiano en sí mismo. ■

Portada de dos de las novedades sobre Kafka publicadas este año



pressreader

PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
pressreader.com +1 504 278 4004
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW